



Adolfo Tobeña ▶ Catedrático de Psicología Médica y Psiquiatría

Siempre se pensó que los desasosiegos sentimentales derivan de turbulencias en los fluidos internos, y de ahí tantas pócimas o elixires amorosos que alimentaron nuestra literatura clásica. No iban desencaminados los antiguos, como bien sabe Adolfo Tobeña.

TEXTO: FERNANDO FRANCO
FOTO: RICARDO GROBAS

No iban errados en eso de que los episodios amorosos producen en los animales, y más en los humanos, secreciones turbadoras, pero hoy gente como este investigador de la mente la llama ya por su nombre. Ahora se habla de química amorosa para despecho de los románticos, y las explicaciones se rastrean en distintas zonas del cerebro a lomos de neurotransmisores u hormonas con apellidos como testosterona, oxitocina, prolactina, vasopresina... Las claves, los mellos de la cuestión, están en un libro de Adolfo Tobeña. Se titula "El cerebro erótico", lo publicó hace diez años con tan buena venta como escándalo y censura editorial posterior, y ahora ha sido reeditado por "La esfera de los libros".

Yendo al grano. O sea que el cerebro es el único órgano sexual y los demás son apéndices...

¡Qué va! Son necesarios. En el cerebro se cuece todo pero si no hubieran gónadas, genitales... el cerebro estaría impávido, sin apetencias. Digamos que tiene radares periféricos a través de los cuales entran buena parte de los incentivos sexuales o amorosos. Los ojos, el tacto, el oído, el gusto, el olfato...

¿Qué les encanta a las señoras?

Por ejemplo, son muy receptivas a la vocalización. Siempre han tenido entre ellas enorme éxito los picos de oro, igual que el individuo simpático, ocurrente, meloso. A los hombres, sin embargo, se les conquista más por las formas corporales.

¿Y eso que Freud llamó el inconsciente libidinoso? ¿Sigue siendo una selva inexplorada?

Los mecanismos a los que no tenemos acceso consciente (¿por qué una mirada, un gesto, nos llama más la atención que otro?) continúan siendo una selva frondosísima pero no impenetrable. Sabemos ya muchísimas cosas...

¿No se tiende a simplificar demasiado al explicar esa química del amor?

Quizás, por la necesidad de hacer asequible algo de naturaleza muy compleja. Y es que toda la circuitería de nuestro cuerpo es intrincadísima y la cantidad de sustancias y dianas para estas sustancias que trabajan en estos engranajes es monumental.

Tobeña es aragonés desde hace 55 años, con más de 30 en la docencia universitaria y en laboratorios como catedrático de Psicología Médica y Psiquiatría. La verdad es que toda esta cartografía cerebral de las urgencias sexuales y de los sentimientos le era relativamente ajena hace diez años, cuando una editorial le pidió que escribiera sobre ello. Hoy, aunque su trabajo cotidiano se centre en otras materias psicológicas, va sobrado en saberes

“El mayor riesgo biológico entre los humanos es el hecho de **nacer hombre**”



sobre rutas neurales y sistemas hormonales.

Será cierto que la biología será inexorable en los actos del amor, pero ¿hasta qué punto la influye la cultura de cada época en cuanto a usos amorosos?

Es innegable que los usos culturales de época y lugar modifican el empuje de la naturaleza. Stendhal mismo definió en "Del amor" perfiles amorosos regionales. Venecianos, parisinos, saboyanos... tienen según él modos diferentes de aproximarse al amor. Y hablaba de tipologías del amor: amores golosos, vanidosos. Pero esto es una pátina...

¿Una pátina?

Quiero decir que es cierto que en el juego amoroso hay diferencias entre el requiebro centelleante de los latinos y el flirteo verbal sin más, hierático, de los anglosajones, pero la biología que les iguala a todos en la

maquinaria del amor es muy poderosa y esa anda entre engranajes hormonales.

Pero en cuanto a gustos, no hay nada escrito. Hay a quienes les gustan las o los gordos, a otros muy delgadas...

Más que gordas, rellenitas, opulentas pero no obesas porque hay un extremo a partir del cual producen disgusto. Eso sí, las formas orondas generan satisfacción en los machos, hablando en términos biológicos.

¿Será porque hay códigos en el cerebro que vinculan esas formas con la maternidad o el amantamiento?

Eso va así. A los hombres les gusta la silueta de Marilyn, la de la guitarra: pechos exuberantes y firmes y nalgas imponentes con cintura estrecha. Si a eso se le acompaña un movimiento grácil e insinuador, esa figura es imbatible pretendan lo que pretendan los diseñadores de moda desde las pasarelas. Sin embargo, las grandes mamas no son índice de más potencial amantador.

¿Entonces?

Es un anuncio publicitario de los que también se sirve la naturaleza para llamar la atención, equivalente a las nalgas masculinas para ellas. Esto funciona porque a lo hombres a lo largo de milenios les ha interesado esta señal, quizás porque esas formas invocan más la fertilidad.

Pero ¿tiende la biología a determinar las cosas?

Ese es un error común. La biología prescribe propensiones, vulnerabilidades, umbrales... pero no determina nada. Produce, si acaso, variedad y caos. No es la física.

¿Hay un sexo bello?

En la mayor parte de especies suele haber un sexo más bello que el otro. En las aves suelen ser los machos; en los mamíferos suele haber más proximidad, pero fíjese en la hermosura del león y en la leona; entre los gorilas las hembras también son más anodinas: en cuanto a los humanos, los dos sexos han tenido que seleccionar atributos de belleza, aunque más las mujeres.

¿Cuál es el máximo riesgo biológico de los humanos como especie?

No es fumar, el colesterol, la hipertensión, obesidad... sino algo anterior: ser macho. ¿Qué factor de riesgo sanitario se iguala a que por el sólo hecho de nacer macho ya se tenga una expectativa de vida inferior a la mujer en 8 años?

¿Es más frágil el hombre o la mujer?

En términos que interesa a la biología, que son los reproductivos, sería el hombre. En último término es más prescindible.

“La figura de guitarra a lo Marilyn es imbatible para los hombres, pretendan lo que pretendan los diseñadores desde las pasarelas”